

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que nos den el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—Glosa del «Yo ¿para qué nací?», poesía, por Lope de Vega.—¡Hay más allá! novela por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Carlota, por X.—De la instrucción de las mugeres, por el conde de Fabraquer.—Correspondencia.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

#### CARTAS Á JULIA.

#### Continuacion.

—¿Ves cuan útil es que la mujer tenga su parte en el consejo? decía la abuela sonriendo; siendo la mujer el complemento del hombre, Dios la ha dotado de aquellas cualidades que á este le faltan, y si por un lado están la razón, la prudencia y el aplomo, por el otro se hallan la viveza de pensamiento, el instinto de lo maravilloso y el arrojo del entusiasmo, para que de la reunion de estas distintas cualidades salgan la luz y la armonía.

Tú eres la razón, que calcula, pesa y medita; nosotras el estímulo que te arrastra, y hace que no sea infructuoso el trabajo de tu mente, venciendo la irresolución y la cobardía, que te detiene en medio de tu camino.

Llegamos á la nueva posesión, que constituía un vallecito, dividido en dos por la corriente del río. Parecía un canastillo de flores, entre las cuales se escondían jugueteando mil arroyuelos deliciosos, y algunos árboles copudos daban asilo en su ramaje á los pintados pajarillos. Aquel lugar era tanto más bello, cuanto estaba circuido completamente por altos peñascales, que se elevaban en anfiteatro escondiendo su cima entre las nubes.

Allí almorzamos, debajo de una encina que parecía proteger á los demás arbolillos con su sombra venerable. Pero ¡ay! aquel cuadro grato y apacible, fué sombreado repentinamente por tres figuras hediondas y salvajes, cuya esqualidez contrastaba con la espléndida abundancia de la naturaleza y la magnificencia del cielo.

Eran tres mendigos; pero tres mendigos



tales como únicamente se conocen en los Urdes. Una mujer, un hombre y un niño, cuyos vestidos andrajosos se reducían á un pedazo de piel de cabra, ó á un costal viejo de los que sirven para hacer el aceite, y esto con tal escasez, que apenas cubrían lo mas preciso del cuerpo. Ninguno de los tres llevaba zapatos, y sus cabellos en desórden daban una expresión casi feroz á su tostado rostro.

Aunque estos encuentros son tan comunes en los Urdes, confieso que tuve miedo; pero del miedo pasé á la compasión, viendo los ojos de los tres, fijos ávidamente en nuestras provisiones. Por un arranque del corazón, cogí mi parte de almuerzo y corrí á ponerla en sus manos callosas y ennegrecidas. El hombre y el niño, no comieron, devoraron; pero la mujer, después de haberlo llevado á sus labios, lo guardó, suspirando, en su zurrón.

—¿Para qué lo guardas? preguntó la abuela.

—Para mi madre, que está enferma, y no puede salir de casa.

—¿Vives muy lejos?

—Ahí, detrás de aquel encinar.

—Pues come, y luego iremos contigo, y la llevaremos todo lo que nos sobre.

La mujer se puso á comer tan ávidamente como sus compañeros, y apenas nos dió las gracias, porque es tal el embrutecimiento de estas pobres gentes, que solo obran por instinto.

¿Hubieras tú creído, Julia, que á tan corta distancia de Madrid, existiese una comarca, cuyos moradores únicamente pudiéramos soñarlos colocados en las estampas de la Siberia, ó en alguna isla salvaje y desconocida? Y sin embargo, es cierto. Mañana te haré una pintura fiel de su miseria y del abyecto estado en que se encuentran.

### XXXI.

Mientras Eduardo y Antonio recorrían y estudiaban el terreno, nosotras seguimos á los mendigos, no sin miedo por mi parte; pero la

abuela marchaba con tal seguridad que pronto recobré la confianza.

Atravesamos el encinar, y en el hueco que formaban dos peñas, vimos una especie de subterráneo sin divisiones y sin mas luz que la que entraba por la puerta. Esto era lo que aquella mujer había llamado pomposamente su casa.

Entramos. Allí no había ni mesa, ni sillas, ni nada; en un rincón ahumado algunos enseres de cocina, en el otro un batán, de los que sirven para hacer el aceite y sobre el cual estaban tendidas algunas hojas de helecho. Esta era la cama.

Acurrucada en un rayo de sol que penetraba por la puerta, una anciana daba vueltas entre sus manos descarnadas á las cuentas de un rosario.

Aquel cuadro tenía algo de tan sumamente aflictivo, que helaba y comprimía el corazón.

Pero lo demás, no creas que aquella casa formase la excepción, pues vista una de Urdes, se ven todas; iguales subterráneos, igual desnudez, idéntico abandono.

Pero conformes con su modo de vivir y sin ninguna civilización, sus habitantes se resisten á mejorar de condiciones, se burlan de todo aquel que intenta reformar su casa, vestido y fortuna, y es tal su embrutecimiento, que prefieren sus barrancos y chozas, sus andrajos é indigencia, á las comodidades que anhelan poseer todos los seres racionales.

Mira de cuánta magnitud era la empresa intentada por la abuela!

Esta se sentó sin ceremonia sobre un tronco de encina, que hacía sin duda las veces de sofá, y yo me senté á su lado.

La vieja del rosario levantó la cabeza, y nos miró fijamente.

—¡Jesus! exclamó la abuela, ¿eres tú, Margarita?

Al oír aquella exclamación, la pobre mujer se levantó tambaleándose, y corrió á refugiarse en el fondo de la choza.

(Continuará.)

Angela Grassi.



# GLOSA DEL «YO ¿PARA QUÉ NACÍ?»

POR LOPE DE VEGA.

Yo ¿cómo vine al mundo? condenado.  
Dios ¿cómo me libró? dando su vida.  
Yo ¿cómo la perdí? por un pecado  
Que fué del mundo todo el homicida.  
Dios ¿qué me pide á mi? lo que me ha dado.  
Yo ¿qué le pido á Dios? la eterna vida.  
Dios ¿para qué murió? para librarme.  
Yo ¿para qué nací? para salvarme.

De tierra soy, y en tierra he de volverme,  
Y á siete piés de tierra reducido  
Y una pobre mortaja en que envolverme,  
Tendré del mundo el premio merecido.  
No puedo de este paso defenderme,  
Ni el César puede, ni el gañan temido  
¡Misericordia general! ¡caso terrible!  
*Que tengo que morir es infalible.*

Allí de los amigos más amados,  
Del alma tiernamente más queridos,  
Eos últimos abrazos regalados  
Recibiré con llantos y gemidos.  
Allí será el mayor de mis cuidados,  
Los deleites pasados cometidos,  
Pues que pude por ellos no salvarme,  
*Dejar de ver á Dios y condenarme.*

Pues ¿cómo de la enmienda y penitencia  
Tan descuidado vivo en esta vida?  
¿Cómo no limpió y curó la conciencia  
Antes que llegue el fin de esta partida?  
Porque, si llega y falta diligencia,  
El dar en el infierno una caída  
Hasta lo más profundo y más horrible,  
*Dura cosa será, pero posible.*

Dispuesto con cuidado, y prevenido  
Conviene estar al término forzoso,  
Que si me coje desapercibido,  
Tendré el castigo como perezoso.  
¡Oh loco, torpe, necio, endurecido.  
Falso, liviano, desleal, vicioso!  
Que puede ser, llegar á condenarme,  
*Posible, ¿y tengo aliento de alegrarme?*

En este caso mil exclamaciones,  
Con lágrimas, sollozos y alaridos  
Harán, sin aliviar mis aflicciones,  
Padres, hermanos, deudos, conocidos.  
¡Qué ansias! ¡Qué congojas! ¡Qué pasiones!  
Turbarán mis potencias y sentidos!  
¿Esto tengo de ver? ¿esto es posible?  
*Posible: ¿y tengo amor á lo visible?*

Agonizando para dar la vida,  
El cuerpo flaco con fiera la muerte,  
El alma triste teme la partida,  
El divorcio preciso y dura suerte.  
Amargo cáliz de mortal bebida,  
Pues tengo de pasarte y de beberte,  
¿Cómo de la virtud me olvido tanto?  
*¿Qué hago? ¿en qué me empleo? ¿en qué me encanto?*

Allí me asombrará la cuenta larga.  
Las visiones horrendas, infernales,  
El recuerdo cruel, memoria amarga  
Del fallo que condena á tantos males.  
Pues ¿cómo ciego con tan grave carga  
De angustias y tormentos tan fatales  
No tiemblo y me horrorizo y no me espanto?  
*Loco debo ser, pues no soy santo.*

## ¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION.)

«El cantor de los bosques no quiso abandonarle sin embargo, y aunque otros árboles esbeltos y poblados de elegante y flexible ramaje le ofrecían mas bella morada, el prefería siempre aquel viejo tronco, sin cuyo amparo tal vez hubiera perecido falto de amor y de abrigo.

La fama de sus tiernos cantos se había extendido por la comarca, y un... un príncipe poderoso, quiso ponerlo y llevarlo á su palacio para que en una jaula de oro, colocada en un bellissimo jardín, alegrara el espacio con la armonía de sus trinos.



El pajarillo sin embargo desdeñó la dorada estancia que le ofrecían, desdeñó las flores que iban á cercarle, el sabroso sustento que le iban á ofrecer, y prefirió la compañía de su viejo amigo á aquella existencia tan decantada: prefirió vivir á su lado, alegrando sus últimos días, saltando sobre su tronco al rayar la alborada, y cantando junto á él al declinar la tarde.»

—Singular es tu cuento, hija mia.

—Sí, tío, sí: pero puede enseñarnos algo.

—No comprendo...

—Puede enseñarnos que aun hay almas generosas que todo lo sacrifican á cumplir un santo deber.

—Veamos el fin, dijo el anciano mirando el libro con más atención, veamos el fin.

—«Solo con una condicion hubiera accedido el avecilla á los deseos del poderoso principe, solo de un modo hubiera consentido renunciar á su libertad, y á su extenso cielo y á su risueño y querido valle... si hubiera podido llevar consigo á su viejo compañero, á su protector generoso: si en los bellos jardines de aquel extenso palacio hubiera podido darle un sitio en que vivir ignorado, gozando con la prosperidad y la dicha que á él le venían á ofrecer. Entónces si hubiera aceptado. Entónces el amante ruiseñor hubiera sido muy feliz, labrando al par que su ventura la del escueto y árido tronco, junto al cual habia pasado su vida. Pero ¡ay! esto fué imposible! El principe se negó á dar cabida entre sus preciadas flores á una rama casi seca.

Y en verdad que casi tenia razon! Sin perfumes, sin frescura, sin galas, ¿qué hubiera hecho el pobre arbusto en aquel eden encantador? ¿qué lugar hubiera ocupado entre las acacias y las azucenas y las magnolias que le llenaban?

Hubiera manchado con su sombra tan bello cuadro! La pobreza y la vejez causan astio en todas partes».

El acento de Clara al pronunciar estas últimas palabras era amargo y triste, y sin saber porqué causó en su tío una dolorosa impresion.

Miró maquinalmente la página en que la niña leía, y vió que era una hoja en blanco.

Sin poder explicarse la causa, comprendió que en aquella sencilla y pueril historia, habia algo de verdad, y con la frente contraida y la respiracion anhelante aguardó la terminacion de aquella lectura, que no lo era, y con ella la revelacion de aquel misterio.

La niña por su parte estaba conmovida.

Su mano temblaba y hacia temblar al libro que sostenia.

Sin embargo, una vez empezada aquella sublime farsa, era necesario continuar hasta el fin,

no retroceder, y así es que aunque con voz muy alterada y vacilante, volvió á decir.

—«El ave amorosa que vió rechazada su súplica, que se encontró por ello en la dura alternativa de ser ingrato con el ser débil que le amparara en su infancia, ó con el principe poderoso que le brindaba con su proteccion en aquel instante, prefirió rechazar los dones que éste le ofrecia con mano pródiga, y permanecer fiel al que solo podia darle espinas y aridez y lágrimas.

Resolvió quedarse al lado del débil y no marchar con el poderoso.

Resolvió, en fin, pagar la santa deuda de su gratitud, y partir la pobreza y el olvido del que antes habia dividido con ella los dones del cielo.»

Clara miró fijamente á su tío.

Su acento se habia hecho seguro y firme al pronunciar estas últimas frases, y su hermoso semblante animado por un sentimiento noble y una resolucion firme y generosa, unia en aquel instante á la timidez natural de la jóven, el atrevimiento de la niña mimada.

—¿Es verdad que esto fué muy bien hecho? murmuró al fin contemplando al anciano. ¿es verdad que esto fué muy bien hecho y que V. en lugar del pajarillo de mi cuento hubiera obrado de la misma manera?

—Ciertamente, respondió el Marqués dominado por la voz de Clara; ciertamente, pero...

—Oh! cuanto me alegro de que V. opine como yo; porque... pero ahora quiero tambien que me diga que es lo que hubiese hecho, si hubiera sido el principe de mi cuento?

—Clara!

—Oh! respóndame V., respóndame V., se lo ruego encarecidamente.

—Pero yo...

—Dígame V., si comprendiendo toda la nobleza, toda la abnegacion, toda la bondad del ave canora, hubiera abierto su palacio al desvalido tronco que no tenia una mano que le cuidase y le sostuviese en el valle de la existencia. Dígame V. si hubiera olvidado que era inculto, y pobre y sin galas, y le hubiese dado un asilo, le hubiese dado un lugar bajo su techo, perdonándola su ignorancia, y su miseria, para abrirle sus brazos, no por él, sino por...

—Clara, Clara!

—Por ella, por ella que era muy digna de tal favor!

El Marqués casi lo comprendió todo!

Pero demasiado interesado en saber cómo la niña habia penetrado aquel secreto, cómo habia adivinado la historia del pasado, la interrumpió de pronto diciéndola:



—Sigue, sigue hasta el fin, y dime quiénes el autor de ese libro, y quién le ha puesto en tus manos.

Y al decir esto, estendia el brazo y procuraba tomar aquel volumen que Clara retiró con presteza exclamando:

—El fin... el fin lo ignoro, porque... porque... está rota la hoja en que se hallaba escrito: en cuanto á saber quién le ha puesto en mis manos... le diré que ha sido la casualidad, que ha sido...

La joven no pudo continuar.

Un suspiro ahogado que oyó muy cerca de sí, la hizo volver la cabeza y exhalar un grito de asombro.

El Marqués miró también en torno, también se estremeció y quiso levantarse y salir de allí acaso, pero tuvo que dejarse caer en la silla vencido de nuevo por la emoción.

Porque allí, á su lado envuelta en su blanco peinador, de rodillas y con las manos cruzadas sobre el pecho en ademán suplicante, estaba Nina á sus pies.

En su semblante pálido y demudado se pintaba el afán y la angustia más infinita.

Acostada en su lecho, se habia despertado á la llegada del Marqués, pero habia guardado silencio embargada por un sentimiento bien fácil de comprender.

Después... después todo lo habia oído, y lo habia comprendido todo!

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## CARLOTA.

(Continuación.)

Negó la identidad de los escritos, y redujo á su más mínimo valor los chismes de unos y otros y las habladurías de algunos testigos; examinó una por una todas las circunstancias y las hizo aparecer sin el carácter de gravedad que se las habia dado. Admitiendo por último que el marido de Carlota hubiese sido asesinado, y que ella hubiese presenciado tan horrorosa escena, ¿no se debia suponer que lo hubiese visto sucumbir á manos de un asesino, y que tratando de defenderlo habia recibido la herida que tanto habia dado que decir? ¿Y en cuanto á su obstinado si-

lencio, no podia suponerse que lo motivase un juramento que le hubiesen exigido los asesinos, y cuya venganza temiese? Suposición por suposición, mejor era ésta que la del fiscal.

El presidente tomó en seguida la palabra para hacer el resumen, y no habia llegado á la mitad de su discurso en el que dejaba ver tanto celo como imparcialidad, cuando un portero le entregó un papel que acababa de recibir. El magistrado después de leerlo dijo sorprendido: Oid el contenido de este papel sin firma que acabo de recibir en este momento.

«Pido ser oído ahora mismo: la acusada es inocente».

—Que entre el autor de este papel.

La agitación y la curiosidad habian llegado á su colmo.

—«Es Eduardo de Bergfeld, decían unos.» «No, no es él, exclamaban otros al ver entrar á un hombre de elevada estatura, y de un aire verdaderamente militar. Al verle Carlota lanzó un agudo grito.

Adelantóse el desconocido, no sin trabajo, hasta que se colocó delante de los jueces. «Me llamo, exclamó, Jorge de Rothich, oficial del tercero de dragones. Solicito permiso para hablar un instante con la acusada y después daré todas las explicaciones necesarias.»

El presidente consultó al tribunal, el que descendió á la entrevista, conduciendo á la acusada á una habitación que estaba al lado de la sala de las sesiones.

—«Señora, le dijo el recién llegado; la muerte ha roto todos los lazos que os habiais impuesto: vuestro padre no existe. Ha muerto bendiciéndoos, é ignorando todas las penas que sufrís. Autorizadme para que revele al tribunal la verdad.

Carlota solo respondió con una mirada de reconocimiento y abundantes lágrimas.

Estraño parece que nada supiese el conde de Heldeurath acerca de un proceso en que tan gravemente se hallaba implicada su hija; pero es preciso tener presente que se habian tomado las mayores precauciones para que ninguna noticia de este desastroso negocio llegase á oídos del general, no habiendo entonces en Prusia periódicos que anunciaran el menor crimen que pudiera llamar algo la atención.

Jorge Rothich se esplicó de este modo.

«Residia en Coblenza en 1818 donde hallé á Eduardo de Bergfeld á quien conocia ya: estaba cansado de la vida que llevaba, estenuado y descontento de si mismo y de los demás. Me habló con la mayor franqueza respecto de los disgustos que habia tenido con su muger y del de-



seo de reconciliarse con ella. En vano buscaba distracciones en las mas escogidas reuniones que solo le inspiraban ya tedio y repugnancia.

Amigo yo del baron de Schowald, frecuentaba mucho su casa, donde vien el mes de junio á una señora que se llamaba madama de Welthein cuya hermosura y gracia me cautivaron de tal modo, que hablé de ella á Eduardo; este deseó ver al punto á una persona que yo alababa tanto, y como no podia ni queria visitar la casa del baron, recurrimos al medio de que la viese en un paseo público.

—Amigo mio, me dijo con la mayor emocion, cuando la vió: esta es mi muger.»

Desde luego consintió en que me encargase de arreglar la conciliacion entre él y Carlota, y aunque rehusé por el pronto tomar parte en asunto tan delicado, al fin cedí á sus repetidas instancias. No me detendré en enumerar los pasos que di, pues esto me obligaria á separarme mucho del asunto que motiva mi declaracion. Me limitaré á decir que inflexible al principio la señora de Bergfeld, por que estaba segura de que jamás perdonarian sus padres á Eduardo, no quiso verle ni aun oír hablar de él, pero menos severa despues, temerosa de algun escándalo, ó de alguna calaverada de su marido, consintió en la entrevista que este solicitaba.

Quedó convenido que en un dia en que vendria ella á Mulhbach con sus amigas, una persona á quien bautizariamos con el nombre de Mme. Freskon, le suplicaria que fuese á visitarla debiendo, así que recibiera el aviso, dejar por un momento su sociedad, y dirigirse á la casa de una señora respetable que vivia en el mismo pueblo, de donde la acompañaria yo al antiguo castillo de Ottemberg, lugar solitario y en el que nos aguardaria Eduardo.

Todo esto no dejaba de ofrecer algun inconveniente, pero Eduardo no tuvo reparo en entrar en Mulhbach, donde era conocido, y su muger, viajando con un nombre supuesto queria absolutamente que la entrevista quedase sepultada en el mas profundo secreto. El 8 de julio fué el designado para la entrevista; pero habiendo sobrevenido una fuerte tempestad, se difirió hasta el 16. Durante este intervalo vi muchas veces á Eduardo y conocí que ocultaba algun atrevido proyecto. La señora de Bergfeld vino á buscarme segun habiamos concertado y enseguida la conduje al castillo donde nos aguardaba ya su marido. Al verle aquella manifestó una viva emocion que apenas pudo reprimir y yo mismo me sentí agitado de presentimientos siniestros.

Eduardo estaba muy animado; y habia dispuesto que le siguiese un leñador con abundantes

provisiones de boca. Poco tiempo despues la conversacion se fué acalorando: insistia el marido en una reconciliacion, que reusaba la muger, alegando la oposicion de sus padres, exaltándose ambos de tal modo que empezaron á dirigirse mutuamente espresiones picantes y amargas recriminaciones.

Sentia Eduardo mucho calor, que efectivamente era excesivo y para mitigarle llenaba á cada instantante su vaso de vino, que no tardaba en desocuparlo para llenarlo otra vez; advirtiéndome yo que se hallaba en un estado, en que nada razonable debia esperarse de él. Poco despues, insistiendo en la reconciliacion, y vista la oposicion de su muger, la llenó de improperios, atreviéndose á amenazarla. Previendo la señora de Bergfeld un funesto resultado, si se alargaba la entrevista, quiso retirarse, pero deteniéndola por un brazo su marido, y tomando un cuchillo la dijo: te quieres marchar abandonándome á una existencia que me causa horror; no antes me verás morir.» E hizo como que se heria.

—Eduardo, exclamé yo algo inconsideradamente, lo confieso: ¡Eduardo! ¿No os avergonzais de estar haciendo ese papel de comedia?

—De comedia! replicó con furor. ¿Pensais que no tengo bastante valor para suicidarme?

Aun no habia acabado de proferir estas palabras, cuando con un movimiento tan rápido como el pensamiento se clavó el cuchillo en el pecho rodando á mis pies cubierto de sangre en tanto que Carlota cayó desmayada sobre el pavimento.

El leñador que se habia quedado cerca de aquel sitio corrió á levantar á Eduardo, pero ya no existia, costándonos no poco trabajo hacer volver en sí á su muger.

En tan terrible crisis mostró la señora de Bergfeld una energia digna de elogio, y no pudiendo soportar la idea de que quedase abandonado el que habia sido su esposo, declaró que no se separaria de él hasta que estuviese segura que se le daria sepultura sagrada. El leñador nos sugirió la idea de llevar el cadáver á las gradas de la iglesia en donde deberia ser muy pronto descubierto: despues de haberle quitado algunas prendas para que se creyese que su muerte la habia causado un asesinato, y no un suicidio, guardó Carlota el reló y un anillo de su marido, dejándole otro en la mano que no le pudimos quitar, vendándole fuertemente la herida, que derramaba mucha sangre, y separándonos enseguida, Carlota se habia hecho una herida en la mano, y el leñador se ofreció á conducirla á donde se la curasen. Desesperábase esta por haber ocasionado, aunque involuntariamente, semejante desgracia, por no someterse á la voluntad de su



padre que le habia mandado, y á quien habia prometido, no volver á ver á Eduardo. «Al menos, decia, jamás sabrá que le he desobedecido, y faltado á mi promesa. Si tal supiera me maldeciria. Cualquiera resultado que pueda tener tan horrorosa catástrofe, aunque me vea en el patíbulo, guardaré un profundo silencio mientras mi padre viva.» En seguida nos hizo jurar al leñador y á mi, que á nadie revelaríamos la escena que habiamos presenciado.

Al momento de entrar en el camino real, reparamos que la señora de Bergfeld habia perdido un guante, volví á buscarlo, pero mi diligencia fué inútil: ella entre tanto prosiguió su camino con su guia sin que volviere á verla, porque juzgué prudente no presentarme por algun tiempo hácia la parte de Muhlbach de donde segun supe despues, habiase ausentado Carlota hacia ya algunos dias. Mi regimiento recibió orden de variar de guarnicion, y tanto por esto, cuanto por que nunca me determiné á escribir á la señora de Bergfeld, nada volví á saber de este asunto. Hace poco me retiré del servicio con intencion de dasar á los Estados-Unidos donde vive un hermano mio; pero al atravesar las provincias Rhenanas oí hablar de la causa, objeto de todas las conversaciones. Sin detenerme un momento me dirigí á casa de Schowal quien me contó todo lo ocurrido, enseñandome al mismo tiempo una carta, que habia recibido la víspera, en la que le anunciaban la muerte del conde de Haldeurah: no debia perder un momento: este fallecimiento nos relevaba de nuestro juramento, y debia decidir á la señora de Bergfeld á romper el silencio que se habia impuesto. Por esta causa he venido aquí: ya sabeis lo demas.

En seguida manifestó el nombre y habitacion del leñador, quien confirmó en todo la exactitud de los hechos que acabamos de referir.

El presidente del tribunal declaró la inocencia de Carlota de Bergfeld, y como solo estaba presa por esta causa, fué puesta en libertad inmediatamente.

Aunque comunmente el auditorio de un tribunal criminal prefiere la condenacion de los acusados, esta vez aplaudió con entusiasmo la feliz terminacion de un drama que habia presenciado con el mas religioso silencio é interés. Poco tiempo despues Carlota de Bergfeld se casó con el caballero Rothkircle á quiensignió á los Estados Unidos.

FIN.

## DE LA INSTRUCCION DE LAS MUJERES.

¿Pueden ser sabias?

Hipócrates dice que sí, Galeno dice que nó: podríamos decir como don Bartolo en el «Médico á palos.»

Divididos han andado por largo tiempo los parisienses; durante mucho tiempo se ha rehusado á las mujeres el derecho de aspirar á la ciencia. Mas ilustrado nuestro siglo, no las prohíbe este privilegio; solamente las dice con razon:

«No seais *sábias* como esas mujeres que ha ridiculizado el genio de Moliere en sus *Preciosas ridiculas*. Creed que la literatura nacional es bastante rica para satisfacer al deseo y á la necesidad que experimentais de adquirir conocimientos, y que con Cervantes, Lope de Vega, Calderon, Fray Luis de Granada, y todas nuestras celebridades poéticas y literarias, podeis muy bien indemnizaros de no comprender á Virgilio, Ciceron y Demóstenes. No, no seais griegas ni latinas; el talento que se tiene, daña al que se quiere tener; permaneced españolas, llevad el patriotismo hasta vuestros estudios, y decid con el candor que tambien sienta á vuestro sexo, como aquella amable Enriqueta de las *Mujeres sábias* de Moliere: perdonadme, caballero, no ser griega.»

Las cualidades sencillas y modestas, las cualidades del corazon, sobre todo, pueden brillar en las mujeres lo mismo que las cualidades del talento. Pero si tanto nos gustan esas dulces virtudes, ¿por qué no preconizar su génio y ensalzar su gloria cuando sepan conquistarla? Estamos muy léjos de querer que todas las mujeres sean *sábias*, que pierdan el color de sus gracias naturales con el color del talento, y sobre todo del pedantismo, ya tan ridiculo en lo hombres; empero, si entre las mujeres se hallasen algunos génios privilegiados de la naturaleza, ¿por qué comprimir, por qué sofocar esas nobles y sublimes aspiraciones? La España se muestra hoy orgullosa, y con razon, de la Fernan-Caballero, de las Avellanedas, de las Coronados y otras.

Si echamos una ojeada á Francia, allí vemos muchas escritoras que diariamente embellecen su literatura con sus numerosas y admirables producciones. Si contemplamos la Italia, ese religioso santuario de las bellas artes y de las ciencias, hallaremos en ella una multitud de mujeres célebres, con una erudicion que envidiarán muchos hombres, y que, debemos confesarlo, es en ellas un ornato más á las cualidades del corazon. Desde el siglo XIII, en Bolonia,



esa ciudad que los italianos han llamado la *sábia*, se ve á Amita, hija de un noble caballero, entregarse al estudio de la lengua latina y de las Leyes. A los veinte y tres años pronuncia en la catedral de Bolonia una oracion fúnebre en latin, y para ser admirada la oradora, no necesita ni de los atractivos de su juventud, ni del encanto de su sexo. A los veinte y seis años, fué recibida doctora, y á los treinta obtuvo una cátedra, en donde enseñó el derecho con un prodigioso concurso de estudiantes de todas las naciones. Uniendo los agrados de mujer á todos los conocimientos de un hombre, mereció cuando hablaba que se olvidase su belleza.

En el siglo XIV y XV, se renovó el mismo prodigio en Bolonia, y bien poco hace que en esta misma ciudad ha desempeñado una cátedra de Física con gran brillantez una muger.

Venecia cita con orgullo durante el siglo XVI, á Modesta Dipozzo Dizorzi, que compuso con éxito un gran número de obras en verso, á Casandra Fedele, que escribía igualmente bien en las tres lenguas de Homero, de Virgilio y del Dante, así en verso como en prosa, que poseía toda la filosofía de su siglo y de los siglos precedentes; que embellecía con sus gracias hasta la misma teología, y que sostuvo conclusiones con grande asombro, y dió muchas veces en Pádua lecciones públicas, uniendo á estos conocimientos graves y serios, talentos agradables, sobre todos el de la música, realzando todas estas cualidades de su talento por el brillo de las más puras virtudes morales. Así es, que recibió el homenaje de soberanos pontífices y de reyes, y por ser singular en todo, vivió más de un siglo.

Milan presta á nuestra admiracion una señorita de la ilustre casa de Tribulcio, que, jóven todavía, pronunció en la antigua lengua de los romanos, un gran número de elocuentes discursos en presencia de los papas y de los principes.

Isotta Nogarolla de Verona, en el siglo XV, tenia tan gran reputacion de elocuencia, que todos los soberanos mostraron curiosidad de oirla.

En Florencia, una religiosa de la casa de Strozzi, encantaba por su cultura en las letras, sus austeridades en el claustro y su soledad. Fué conocida en Italia, Alemania y Francia.

En Nápoles, Sarrochia, compuso un poema famoso sobre Schanderber, y en vida fué comprada con Boyardo y con el Tasso.

En Roma, Vitoria Colonna, apasionada por las letras y la poesia, lloró en los más lindos y elegantes versos el prematuro fin de su esposo, que habia sucumbido como un héroe en la guerra.

Si de la Italia pasamos á España, tendremos que inclinar nuestra frente delante de Isabela Rozéres, que predicó en la catedral de Barcelona, y fué á Roma en tiempo del papa Paulo III, á convertir á los judios por su elocuencia, y comentar con gran brillo á Juan Scotto delante de los obispos y cardenales.

Isabel de Córdoba, que sabia el griego, el latin y el hebreo, se hizo recibir de doctora y tomó todos los grados de la teología.

Catalina Rivera, compuso poesias españolas, mitad devotas y mitad amorosas.

Pero la perla literaria de España es Luisa Sigea, de Toledo. Además del latin y del griego, habia aprendido el hebreo, el arábigo y el asirio. Escribió una carta en cinco idiomas al papa Paulo III, y fué

en seguida llamada á la corte de Portugal, donde compuso muchas obras, y murió muy jóven todavía.

No debemos omitir tampoco, en el siglo pasado, la célebre doctora de Alcalá, Doña Luisa de la Cerda, de la familia del señor conde de Oñate, que sostuvo brillantemente las conclusiones más difíciles aristotélicas.

No hemos mencionado la primera, cual debiéramos, la célebre y elegante escritora de Ávila, Santa Teresa de Jesus, única muger que, en el transcurso de diez y nueve siglos, ha recibido de la Iglesia el altísimo título de *doctora*, porque la consideramos más como una santa, gloria del suelo español, que como una de las mugeres que solamente han brillado por su talento mundano.

Trasportémonos de España á Inglaterra. Allí encontraremos las tres hermanas Seymour, sobrinas de una reina, é hijas de un protector; las tres, ilustres por su ciencia, y autoras de bellísimos versos latinos, que segun el espíritu de su época, fueron traducidos en Europa entera.

Juana Grey, que no fué reina sino para pasar del trono al cadalso, leía en griego, antes de morir, el famoso *Diálogo*, de Platon, sobre la inmortalidad del alma.

María Stuardo, una de las mugeres más ilustradas de su tiempo, escribía y hablaba seis idiomas. Hacia lindísimos versos, y muy jóven pronunció en la corte de Francia un discurso latino, en el que probó que el estudio de las letras sentaba bien á las mugeres.

Su rival, Isabel, tradujo al inglés la historia latina de Salustio.

Si despues de nuestra excursion á Italia, España é Inglaterra, penetramos en Francia, se verá, entre otras muchas eruditas, una duquesa de Retz, que en tiempo de Carlos IX tuvo gran nombradía, aún en Italia, y que asombró á los polacos cuando vinieron á pedir por el rey al duque de Anjou. Maravillados les dejó el hallar en la corte de Francia una jóven que hablaba las lenguas antiguas con tanta pureza como gracia.

Seguramente, la naturaleza no llamó al mayor número de las mugeres á tan alto grado de talento é ilustracion; empero la sociedad, hoy les impone la obligacion de adquirir conocimientos, sin que esta instruccion las dispense de reunir las cualidades sencillas y modestas que, ante todo, reclaman su sexo.

Unan, pues, á sus naturales virtudes un poco de saber, sin pretencion ni jactancia; el diamante adquiere nuevo brillo con el arte que lo pule. Sean buenas y sensibles, trabajadoras é ilustradas, y no tendrán nada que envidiar de los prodigios que hemos citado. Las flores más suaves y más encantadoras, ¿no prefieren una olorosa humildad al esplendor de una luz demasiado viva y penetrante que hierre su modestia?

EL CONDE DE FABRAQUER.

Granada.—Imprenta de «La Madre de Familias»